

Año 1
Número 2
Invierno 2015

Revista de Políticas Sociales

Cultura y vida: una reflexión filosófico-teológica sobre la política

Destino y vocación

Carlos Javier García
Docente de la
Licenciatura
en Trabajo Social
UNM
garciaarlosjavier@hotmail.com

La vida del ser humano se desarrolla enfrentando una opción permanente: destino o vocación. La palabra destino en el lenguaje habitual tiene esta característica: es un lugar al que tenemos que llegar, aunque no lo conozcamos. Es una palabra que aparece en los boletos que adquirimos para viajar en los medios de transporte. Usada de una manera más general adquiere otra carga que guarda relación con cuestiones existenciales. Alguien dice de sí mismo o de otra persona: no tengo destino, mi destino es incierto, con lo cual está significando que su vida ha perdido el rumbo. Lucio Séneca (4 AC-65 DC) ya nos había advertido, en medio de un Imperio Romano en decadencia, que “para el que no sabe adónde va, ningún viento es favorable”.

Ahora bien, tomando la vida como una totalidad, todos sabemos –unque simulemos no saberlo– que nuestro destino es la muerte. En el preciso momento en que adquirimos conciencia de que nuestra vida ha tenido un principio, también aprendemos que tendrá un final. Es más, nuestra vida tiene sentido porque tiene un final, y cuando algo tiene un final hay que rendir cuentas, aunque sea ante uno mismo.

Nuestros mayores solían decir: “nadie tiene la vida comprada”. Carlos Carabajal y Pablo Trullenque lo sintetizaron en ritmo de chacarera en *Entre a mi pago sin golpear*: “La vida me han prestao / y tengo que devolverla, / cuando el Creador me llame para la entrega”.

Sin embargo, la vida del ser humano no se agota sólo en su destino de muerte como experiencia existencial. También tenemos la experiencia íntima del anhelo de superar ese límite. Atahualpa Yupanqui plasmó esta idea en un hermoso poema (*La mano de mi rumor*): “No puede ser que me vaya, / del todo cuando me muera, / que no quede ni la espera / detrás de la voz que calla”.

Si todo termina con la muerte, ¿desde dónde miro para saber que ese es el límite? Es curioso que rara vez reflexionemos sobre el hecho de que para saber que algo es un límite tenemos que atravesarlo. Esta experiencia siembra en nosotros la duda –por lo menos la duda– sobre si todo termina con la muerte y entonces aparece, con esta duda, la experiencia contrapuesta de la vocación. Decimos “contrapuesta” porque si el destino del ser humano es de muerte, por el contrario, su vocación es de vida.

Uno de los rasgos más característicos del ser humano es sentirse llamado a algo más que a cumplir un ciclo biológico. Ser humano es saber que la vida no es un dato más dentro del universo, sino un don que se recibe. Somos los únicos seres vivos que podemos preguntarnos no sólo qué es la vida, sino –y es mucho más importante– para qué tenemos la vida. Esta pregunta es el fundamento de toda problemática ética.

Intemperie y proyecto de vida

Esta experiencia de sentirse llamado a algo más el hombre la percibe en su interior y es en la interioridad donde se funda la sociabilidad del ser humano. No somos sociales porque hacemos un contrato entre individuos. Somos sociales porque en nuestra interioridad descubrimos que nuestra raíz más profunda no es un yo, puro y aislado, sino que hay un núcleo íntimo y raigal que es dialógico y, por lo tanto, descubrimos también que la plenitud de nuestra experiencia vital sólo se alcanza en comunidad. Uno de los errores más profundos de la Modernidad, a mi entender, fue convertir el “pienso luego existo” de Descartes (1596-1650), que era metodológico, en fundamento existencial del ser humano.

La vida humana no se agota en ser individuos, que lo somos, sino que es una vocación –un llamado– a ser personas, cada vez más personas. La diferencia entre persona e individuo es que la experiencia de ser persona incluye la experiencia de la comunicación, y ésta se hace necesaria para darnos a conocer unos a otros nuestra interioridad.

También experimentamos la fragilidad de nuestra vida. Existir significa etimológicamente “estar de pie fuera” (del latín: *ex stare*), estar a la intemperie. A medida que vamos creciendo y madurando en nuestro ciclo vital, descubrimos y vivenciamos distintas formas de intemperie: físicas, psicológicas, espirituales, sociales... Estas intemperies ponen en riesgo nuestro proyecto de vida, que no es otro que el de ser persona. Nuestra vida transcurre en un esfuerzo constante para ser cada día más persona y menos individuo. Ésta es una de las propuestas más fuerte de Emanuel Mounier (1905-1950), el filósofo francés impulsor de la corriente de pensamiento llamada personalismo.

Cultura, tiempo y libertad

Denominamos cultura a la herramienta por la cual el ser humano se protege de la intemperie existencial e intenta llevar adelante su proyecto de vida. La cultura es la forma humana de habitar el suelo donde arraiga nuestra vida. Habitar y cultivar provienen de la misma raíz latina (*colere*, de donde proviene *cultus*).

Pero quisiera remarcar dos características de la cultura (no digo cultura humana, porque sería una redundancia). La primera es que la cultura, por esencia, es comunitaria. Por la cultura construyo un mundo y construir (de *cum struo*) significa ordenar junto con otro. Aun si imagináramos un ser humano en solitario, su propia interioridad –como ya dijimos– es dialógica, y trabajar la tierra no deja de ser una forma de diálogo con la naturaleza que no es sólo un objeto externo a nuestra conciencia, sino también un componente constitutivo e intrínseco de nuestra condición humana. La cultura es comunitaria porque este hacer de varones y de mujeres está cargado de sentidos diversos y a veces contradictorios, que la capacidad de comunicar lleva y trae entre extremos tan diversos como el silencio de los que se aman y no necesitan palabras y la sobresaturación de los que se conectan pero no se comunican en una torre de Babel siempre reeditada. La cultura es comunitaria porque es la forma de llevar

adelante el proyecto de vida y éste siempre es comunitario por esencia, y por mandato moral debe serlo.

La segunda característica es la dimensión temporal de la cultura y fundamentalmente respecto del futuro. La terminación *urus/a* en lengua latina indica futuro. *Caesar, Morituri te salutant* (César, los que van a morir te saludan), vimos en numerosas películas de la Roma *hollywoodense*. Futuro –que como es evidente tiene la terminación *urus*– significa lo que será. El ser humano es un ser que no se agota en su instalación en la vida, sino que ésta lo impulsa hacia adelante. El hombre es futurizo, enseñó hace ya muchos años el filósofo español Julián Marías (1914-2005).

El deseo es la señal de que el ser humano está sin terminar, porque su tarea en esta vida es terminarse. Por eso no es un *creatus* (terminado), sino creatura (todavía por hacer, mejor dicho, por hacerse). El ser humano no se agota en el *cultus*, que hace referencia a lo ya hecho o adquirido, sino que se proyecta en la cultura, lo que quiero hacer. La conciencia del tiempo atraviesa todas las experiencias existenciales del ser humano.

El culto, por su relación con el pasado, es lo instituido; la cultura, por su proyección hacia el futuro, es instituyente. Es cierto que somos lo que hemos vivido, pero también es cierto que somos lo que deseamos ser. Es cierto que somos por lo que hemos sido, pero es más verdad que somos por lo que seremos. Por esta razón, filosófica y teológicamente, habitamos más en el tiempo que en el espacio. Por la conciencia del hombre hay tiempo en el universo. En el tiempo del hombre todo el universo recupera la conciencia de la eternidad como vocación. San Pablo expresó esta idea cuando dijo: “sabemos que la creación entera gime y sufre dolores de parto” (*Carta a los romanos* 8,22). Por la acción del ser humano todo lo *creatus* se vuelve *creatura*.

Ahora bien, si estamos sin terminar y la terminación depende de nuestras acciones, inevitablemente debemos plantearnos la posibilidad de elegir qué acciones llevar a cabo. En la medida en que nuestra inteligencia nos señala que nuestra vida tiene un sentido, nuestra voluntad nos mueve a construirlo. Como creaturas recibimos del Creador la capacidad de dar sentido a la vida, no el sentido de la vida ya dado. Esto nos enfrenta a la experiencia humana de la libertad. Somos creaturas porque disponemos de la capacidad de elegir. Sin libertad no hay ni creatura ni cultura, porque sin capacidad de elegir no habría diferencia entre pasado y futuro, nada podría cambiar desde nosotros mismos.

Gravedad y gravidez

La libertad pone en evidencia dos características de la vida humana, muy relacionadas entre sí: gravedad y gravidez. Gravedad (de *gravis*: pesado). La vida nos pesa cuando estamos enfermos, cuando nos quedamos sin trabajo, cuando las preocupaciones nos sobrepasan. Sentimos que en vez de estar en la vida cargamos con ella y esta carga no es liviana. La gravedad de la vida nos pone en el camino de las experiencias éticas. La vida nos pesa porque tenemos que decidir entre hacer una cosa u otra. La vida nos pesa porque la libertad nos abre a la posibilidad de hacer el bien o el mal, y entonces el error, el desencuentro, el dolor se vuelven posibles.

Gravidez: evidentemente son vocablos muy relacionados, pero en este caso el peso no es un peso cualquiera. La vida se vuelve grávida cuando la carga consiste en traer vida. Es un peso que se lleva con alegría. Y no me estoy refiriendo exclusivamente a la situación de embarazo, que, por supuesto, es la experiencia fundante de la palabra en cuestión, sino a una actitud frente a los demás. Las relaciones comunitarias pueden tornarse experiencias graves o experiencias grávidas. Es cierto que lo que sean depende muchas veces de otros, pero también es cierto que en gran medida dependen de nosotros mismos. De nuestra actitud hacia los demás.

Remarquemos que cuanto más individuos somos, más pesadas se vuelven las relaciones con los demás y, por el contrario, cuanto más personas somos, más grávidas, más generadoras de vida, son esas relaciones. Ni unas ni otras están exentas de incertidumbres y de dolores.

La política como el gesto cultural más profundo

Los diversos vectores de reflexión que hemos abierto hasta el momento, por supuesto de manera muy sucinta, desembocan en la experiencia humana de la política. Entendemos a la política como la acción de las personas que buscan construir el Bien Común. Subrayo personas y no individuos, porque el primer acto de la persona es el salir de sí, y sin ese acto no hay posibilidad de encuentro con el otro y sus circunstancias vitales. Sin ese acto la política no es posible.

El Bien Común es el bien de las personas, porque ser persona es poner la vida en común. Ser persona es decir “me importa la vida del otro”. Con esta afirmación queda claro que entendemos la palabra política siempre en un sentido positivo. Desde esta perspectiva, la expresión “mala política” sería contradictoria. No hay política sin ética, o mejor, la política es la forma de establecer las normas éticas que nos ayuden a ser cada vez mejores personas, en todas las dimensiones. Porque somos mejores personas no sólo cuando somos buenos, lo somos cuando podemos acceder a un puesto de trabajo, cuando tenemos acceso a la educación, a la salud, al descanso, a la participación comunitaria. La bondad de un ser humano nunca es solitaria, y esto dicho en un doble sentido: se vuelca hacia los demás, pero se nutre de los demás. Del Bien Común se participa usufructuándolo y construyéndolo.

El primer bien común que la acción política debe cuidar es la vida. Dijimos al principio que el ser del hombre se debatía entre el destino y la vocación. La política es la forma coordinada en que las personas cuidan la vida, y la vida se cuida para adelante, por eso cuidar la vida es hacer cultura, en el sentido más profundo que podamos darle a este vocablo. Los derechos humanos a la alimentación, a la vivienda, a la salud, no son derechos biológicos. Es cierto que no somos humanos sin nuestro cuerpo, pero también es cierto que el cuerpo humano no es sólo biológico. El hambre no se agota en la dimensión física de un estómago vacío, sino que su dimensión más profunda es cultural: no hay hambre sin abandono. Una sociedad que hambrea de pan, de educación, de salud, primero ha abandonado a aquellos que hambrea. No hay hambre sin soledad.

Si bien es cierto que el destino de muerte nos alcanzará en algún momento, la acción política, al regular y democratizar el acceso a los bienes de la tierra –como metáfora de todos los bienes que producimos–, retrasa ese destino y plenifica la vida mientras ésta es vivida. En esta dirección de pensamiento tiene sentido decir que un trabajador social o un docente, por ejemplo, son trabajadores de la cultura, porque lo son de la vida.

Afirmamos antes que la vida no es un dato sino un don, y que no hay vida humana sin comunidad, entonces debemos concluir que no hay vida sin política, y ésta se constituye en el gesto más profundo que el ser humano puede concebir y construir culturalmente hablando. Los términos se remiten mutuamente. No hay cultura que no tenga dimensión política y no hay política válida y plena que no sea concebida y construida como acción cultural.

Si incorporamos a esto último la dimensión temporal ya mencionada, concluimos que no hay política y ni cultura sin futuro. Cuando Francis Fukuyama (nacido en 1952) anunció al mundo el fin de la historia, en realidad estaba diciendo a los pobres del mundo: nada puede cambiar ya, por lo tanto no hay futuro. Lo más grave que dejó el neoliberalismo en la década de 1990 fue la convicción en una gran mayoría de la población del mundo que estaba exiliada del futuro. Así, el destino de muerte se adelantó y tomó posesión de la vida de las personas

En relación con esto señalamos una idea que no podremos desarrollar por razones de espacio. Aristóteles tenía claro que el ser humano era un animal político, es decir, sobre una base de vida se instalaba la acción política. Por el contrario, estamos asistiendo en la actualidad al desconcierto de la política generada a partir de la Modernidad, que nos hace sospechar, después de tantas guerras, genocidios, dictaduras, economías que enriquecen a pocos y hambread a muchos, que la política es incompatible con la vida.

El liberalismo, la corriente política propia de la Modernidad, se construye sobre la noción de individuo. John Locke (1632-1704) en su obra *Segundo tratado sobre el gobierno civil* (1689) da un paso muy importante para potenciar esta noción, al expresar que el primer derecho humano es el de la propiedad. Todo lo demás, incluso la libertad, la posibilidad de expresar ideas, etcétera, son expresiones derivadas de ese derecho primigenio. Más aún: la primera propiedad del ser humano es él mismo. Si queremos dar a esta afirmación apenas una pincelada sobre políticas de género, podemos señalar que Thomas Hobbes (1588-1679), en su obra *Leviathan* (1651), cuando habla del “hombre” y su derecho a poseer, en realidad no está hablando del género humano sino del “varón”. Un liberal coherente con su doctrina no dice “soy libre”, sino “tengo libertad”, y su tarea de crecimiento consistirá en ampliar su zona de libertad, como quien va corriendo el alambrado de su campo sobre el campo del vecino –el ejemplo no es casual. A la larga, el liberalismo destruye la política porque le alcanza con la idea del mercado para funcionar a su gusto en una sociedad.

Pero en un sentido profundo, señalado por autores como Emmanuel Levinas (1906-1995) o Simone Weil (1909-1943), el ser humano es un templo: hay en él algo sagrado. Por eso cuando la política no cuida la vida de las personas y de la comunidad comete un acto de profanación de lo sagrado. Lo sagrado, es decir el ser humano, no es objeto de compra-

venta. Cada varón y cada mujer son templo de Dios. A los que conciben la vida humana como un bien de mercado comprable o desechable le caben las palabras condenatorias de Jesucristo: “Ustedes han convertido mi casa en una cueva de ladrones” (Marcos, 11,17). A estos les molesta la política, simplemente porque les molesta la vida.